



Cuando el hombre deja de buscar a Dios y comienza a fabricarlo

Vivimos en una época extraordinaria. Nunca antes la humanidad había tenido acceso a tanta información, tantos recursos espirituales y tantas posibilidades de conocer la verdad. Sin embargo, paradójicamente, también vivimos en una era donde resulta cada vez más común escuchar expresiones como:

«Yo creo en Dios, pero a mi manera.»

«Mi Dios no juzga a nadie.»

«Cada uno tiene su propia verdad sobre Dios.»

«Lo importante es ser buena persona.»

«No necesito una religión para relacionarme con Dios.»

Estas frases, aparentemente inocentes e incluso bienintencionadas, esconden uno de los mayores desafíos espirituales de nuestro tiempo: la sustitución del Dios verdadero por un dios creado según los gustos, sentimientos y preferencias personales.

No se trata de un ateísmo abierto. Tampoco de una negación explícita de Dios. Es algo mucho más sutil y, precisamente por ello, mucho más peligroso: la creación de un dios domesticado, moldeado por la sensibilidad moderna, incapaz de incomodar, corregir, exigir o transformar la vida humana.

Este fenómeno puede describirse como una forma contemporánea de deísmo práctico mezclado con relativismo religioso y subjetivismo moral. Dios deja de ser el Ser absoluto para convertirse en una proyección psicológica del hombre.

En lugar de preguntarnos:

«¿Quién es Dios?»

nos preguntamos:

«¿Cómo me gustaría que fuera Dios?»



Y ahí comienza el error.

El primer pecado de la humanidad: querer decidir quién es Dios

La tentación del Edén no fue únicamente comer un fruto prohibido.

Fue mucho más profunda.

La serpiente sembró una duda sobre la identidad de Dios.

┃ *«¿Conque Dios os ha dicho...?» (Génesis 3,1)*

Después insinuó que Dios ocultaba algo.

Que Dios limitaba la libertad.

Que Dios no era completamente bueno.

Que el hombre podía decidir por sí mismo qué era el bien y el mal.

En definitiva, el pecado original consistió en reemplazar la verdad revelada por una interpretación personal.

Exactamente lo mismo ocurre hoy.

El hombre moderno ya no niega necesariamente la existencia de Dios.

Simplemente redefine quién es.

Y cuando el hombre redefine a Dios, deja de adorarlo.

Empieza a adorarse a sí mismo.



El «Dios a mi manera»: la religión del yo

La cultura contemporánea ha elevado el individualismo hasta convertirlo en un principio absoluto.

Todo debe adaptarse al individuo:

- la política,
- la moral,
- la familia,
- la verdad,
- incluso Dios.

El resultado es una espiritualidad personalizada.

Cada persona construye un dios distinto.

Uno que nunca contradice.

Nunca corrige.

Nunca llama al arrepentimiento.

Nunca habla del pecado.

Nunca exige conversión.

Pero ese dios no existe.

Es simplemente un ídolo.

Y la Escritura es contundente respecto a los ídolos:

┃ *«Tienen boca y no hablan; tienen ojos y no ven.» (Salmo 115,5)*



Los ídolos siempre terminan pareciéndose a quienes los fabrican.

El Dios verdadero, en cambio, nos llama a parecernos a Él.

El verdadero Dios no cambia para adaptarse al hombre

Uno de los atributos más olvidados de Dios es su **inmutabilidad**.

La teología clásica enseña que Dios no cambia porque es absolutamente perfecto.

Cambiar implica mejorar o empeorar.

Si algo mejora, antes era imperfecto.

Si empeora, deja de ser perfecto.

Pero Dios es la Perfección absoluta.

Por ello afirma la Escritura:

┃ *«Porque yo, el Señor, no cambio.» (Malaquías 3,6)*

Y también:

┃ *«En Él no hay mudanza ni sombra de variación.» (Santiago 1,17)*

Esta verdad tiene enormes consecuencias.

No existe un Dios para el siglo I y otro para el siglo XXI.

No existe un Dios «más actualizado».



No existe un Dios que modifique su naturaleza según las encuestas culturales.

Las sociedades cambian.

Las ideologías pasan.

Las modas desaparecen.

Pero Dios permanece eternamente el mismo.

La simplicidad divina: Dios no está dividido

Cuando la Iglesia habla de la simplicidad divina, no quiere decir que Dios sea «simple» en el sentido de sencillo o poco complejo.

Quiere decir algo muchísimo más profundo.

Dios no está compuesto de partes.

No posee una justicia separada de su misericordia.

No tiene un amor distinto de su santidad.

No tiene una voluntad distinta de su sabiduría.

En Dios todo es uno.

Él **es** Amor.

Él **es** Justicia.

Él **es** Verdad.

Él **es** Misericordia.

Todo ello sin contradicción.



Por eso resulta erróneo enfrentar unos atributos divinos contra otros.

No podemos decir:

«Dios ama, por tanto no juzga.»

Ni tampoco:

«Dios es justo, por tanto no perdona.»

Ambas afirmaciones rompen la unidad del ser divino.

En Dios la justicia y la misericordia no compiten.

Se armonizan perfectamente.

La Cruz de Cristo es precisamente la mayor manifestación de esa armonía.

En ella la justicia frente al pecado y la misericordia hacia el pecador se encuentran inseparablemente.

Dios no es una emoción

Uno de los mayores errores actuales consiste en reducir la experiencia religiosa al sentimiento.

Si siento paz...

Dios está conmigo.

Si siento entusiasmo...

Dios me habla.

Si me emociono...

la oración fue buena.



Pero los sentimientos cambian continuamente.

Dios no.

Los grandes santos atravesaron largas noches espirituales.

San Juan de la Cruz habló de la «noche oscura», donde el alma parece no experimentar consuelo alguno y, sin embargo, permanece unida a Dios por la fe.

Santa Teresa de Calcuta vivió durante décadas una profunda aridez espiritual mientras continuaba sirviendo heroicamente a los más pobres.

La vida espiritual madura no se sostiene sobre emociones pasajeras, sino sobre la virtud teologal de la fe, que permanece incluso cuando el corazón no siente consuelo.

El deísmo moderno: un Dios lejano e innecesario

El deísmo clásico afirmaba que Dios creó el universo y luego dejó que funcionara por sí solo.

Hoy existe una versión mucho más sutil.

Muchas personas creen en un Dios creador...

pero viven como si nunca interviniera.

No rezan.

No frecuentan los sacramentos.

No leen la Escritura.

No buscan discernir su voluntad.

No permiten que Dios transforme sus decisiones.



Es una fe reducida a una idea abstracta.

Sin embargo, el Dios revelado por Jesucristo no es un relojero que abandona su obra.

Es un Padre providente.

Cristo mismo enseña:

«Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.»
(Mateo 10,30)

Nada escapa a la Providencia divina.

No porque Dios elimine nuestra libertad, sino porque gobierna todas las cosas con infinita sabiduría.

El problema del subjetivismo religioso

La cultura contemporánea ha convertido la conciencia individual en la autoridad suprema.

Sin embargo, la conciencia necesita ser formada.

No crea la verdad.

La descubre.

La Iglesia siempre ha enseñado que la conciencia debe iluminarse mediante:

- la Revelación,
- la Tradición,
- el Magisterio,
- la oración,
- la recta razón.



Cuando la conciencia deja de buscar la verdad objetiva, termina justificando cualquier conducta.

Así aparece una espiritualidad donde el hombre decide qué mandamientos conservar y cuáles descartar, qué enseñanzas aceptar y cuáles reinterpretar. La fe deja de recibirse como un don transmitido por Cristo a su Iglesia y pasa a convertirse en un producto personalizado, adaptado al gusto del consumidor.

La perfección divina: Dios no necesita ser corregido

Existe una tendencia creciente a juzgar a Dios con criterios puramente humanos.

Se afirma que ciertos pasajes bíblicos «deberían ser distintos», que algunas enseñanzas morales «han quedado anticuadas» o que Dios «tendría que pensar de otra manera».

Estas afirmaciones invierten el orden correcto.

No es Dios quien debe ajustarse al hombre.

Es el hombre quien debe convertirse para conformarse a Dios.

La perfección divina significa que en Él no existe defecto alguno.

No necesita evolucionar.

No necesita aprender.

No necesita rectificar.

Como enseña la tradición filosófica cristiana inspirada en Santo Tomás de Aquino, Dios es el *Acto Puro*: la plenitud del ser, sin potencia que deba actualizarse. En Él no hay carencia ni posibilidad de perfeccionamiento, porque posee infinitamente toda perfección.

Por eso, cuando algo en la Revelación nos resulta difícil de aceptar, la primera pregunta no debería ser: «¿Qué está mal en Dios?», sino: «¿Qué necesita ser purificado en mi manera de



pensar?».

Jesucristo: el rostro perfecto del Padre

Frente a las imágenes deformadas de Dios, el cristianismo ofrece un criterio definitivo: Jesucristo.

Él mismo declara:

| *«El que me ha visto a mí ha visto al Padre.» (Juan 14,9)*

En Cristo contemplamos la misericordia y la verdad, la mansedumbre y la firmeza, el perdón y la llamada a la conversión.

Jesús perdona a la mujer adúltera, pero también le dice: «Vete y no peques más» (cf. Juan 8,11). Acoge a los pecadores, pero nunca llama bien al pecado. Ama sin medida, pero ese amor transforma, purifica y santifica.

La imagen auténtica de Dios no nace de nuestras preferencias, sino de la revelación plena del Hijo encarnado.

Consecuencias prácticas de creer en el Dios verdadero

Aceptar al Dios revelado por la Iglesia no es un ejercicio meramente intelectual. Tiene consecuencias concretas para toda la existencia.

Quien reconoce la inmutabilidad divina comprende que la verdad no depende de las modas culturales y aprende a permanecer firme incluso cuando la sociedad piensa de otro modo.



Quien contempla la simplicidad divina deja de enfrentar artificialmente el amor con la justicia o la misericordia con la santidad, descubriendo que todos los atributos de Dios forman una armonía perfecta.

Quien cree en la perfección divina abandona la tentación de «corregir» a Dios y comienza a dejarse corregir por Él mediante la oración, la lectura de la Sagrada Escritura, la recepción frecuente de los sacramentos y el examen de conciencia.

Finalmente, quien descubre la Providencia aprende a confiar en medio de las pruebas. La fe deja de depender del estado de ánimo y se convierte en una adhesión firme al Dios que nunca cambia.

Una llamada a la conversión intelectual y espiritual

La idolatría no pertenece únicamente al pasado.

Hoy puede presentarse bajo formas refinadas y aparentemente religiosas.

Cada vez que reducimos a Dios a nuestras expectativas, construimos un ídolo.

Cada vez que rechazamos un atributo divino porque incomoda nuestra sensibilidad, fabricamos un dios imaginario.

Cada vez que colocamos nuestra opinión por encima de la Revelación, repetimos el antiguo pecado del Edén.

La conversión cristiana comienza cuando dejamos de preguntar: «¿Cómo quiero que sea Dios?» y empezamos a preguntarnos con humildad: «¿Quién es Dios y qué me ha revelado acerca de sí mismo?».

Solo entonces la fe deja de girar en torno al propio yo y se orienta hacia Aquel que es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, el Ser eterno e inmutable.



Conclusión: del dios fabricado al Dios vivo

La gran tragedia espiritual de nuestra época no consiste únicamente en que muchos hayan dejado de creer en Dios, sino en que otros muchos continúan utilizando su nombre mientras adoran una imagen construida a su medida. El «Dios a mi manera» es cómodo porque nunca interpela; es silencioso porque nunca exige; es inofensivo porque nace de nuestros deseos. Sin embargo, precisamente por eso, no puede salvar.

El Dios vivo revelado en la Sagrada Escritura y confesado por la Iglesia es infinitamente mayor que nuestras ideas. Es simple, inmutable, perfecto, eterno, santo, justo, misericordioso y omnipotente. No necesita adaptarse a las modas porque Él es la fuente de toda verdad. No cambia con el paso de los siglos porque su ser es plenitud absoluta. No se deja reducir a un sentimiento pasajero porque es el fundamento mismo de la realidad.

El camino del discípulo no consiste en moldear a Dios según sus preferencias, sino en dejarse moldear por Él. Esa transformación puede resultar exigente, pero conduce a la auténtica libertad. Como enseña Jesucristo:

┃ *«Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» (Juan 8,32)*

Que nuestra oración sea siempre la del profeta Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (cf. 1 Samuel 3,9), y no la del hombre moderno que pretende decirle a Dios cómo debe ser. Solo quien se postra con humildad ante el Dios verdadero descubre que no pierde su libertad, sino que encuentra el sentido último de su existencia y la esperanza de la vida eterna.